

CAPÍTULO CUARTO

EL MEDITERRÁNEO

EL MEDITERRÁNEO

Por MARÍA DOLORES ALGORA WEBER

INTRODUCCIÓN

El año 2001 ha sido un año excepcional. Tan excepcional que cualquier analista estaría de acuerdo en afirmar que comenzó el 11 de septiembre, fecha en la que muy probablemente podremos marcar el inicio de una nueva era en la sociedad internacional.

El Mediterráneo no ha sido ajeno a esta realidad, por el contrario ha sido una de las zonas estratégicas más importantes en las que se han disparado todos los resortes que permiten tomar conciencia de que estamos ante un nuevo panorama mundial que marca un antes y un después.

Los atentados terroristas de Nueva York no van a pasar de forma inadvertida por los dos grandes procesos que hoy se desarrollan en el marco mediterráneo. Tampoco van a ser baladías o transitorias las reacciones de los Estados árabes a las que asistiremos durante los próximos años.

De estos procesos, el primero de ellos, el de más urgente solución y futuro incierto, es el Proceso de Paz de Oriente Próximo. Este conflicto, que analizaremos posteriormente, se ha convertido en uno de los ejes del mundo árabe musulmán que con más fuerza ha recibido el impacto de la nueva situación. El Oriente Próximo en estos últimos meses ha asistido a importantes cambios en las posiciones internacionales, cuyas consecuencias con toda seguridad trascenderán a los años venideros; sin

embargo han dejado un camino abierto que sin duda provocará la evolución en el proceso que cumple ya una década.

El segundo escenario es el Proceso de Barcelona, que como proceso euromediterráneo se ha visto profundamente condicionado, y casi secuestrado, por las circunstancias cada vez más estancadas del Oriente Próximo. Desde la celebración de la Conferencia de Marsella en noviembre de 2000, ya en un deteriorado contexto mediterráneo, el Proceso de Barcelona no ha podido escapar del pesimismo que ha trascendido desde la cuenca oriental. Sin embargo los acontecimientos de septiembre han suscitado una división de opiniones en el ámbito del análisis internacional.

Para algunos se hace evidente que se ha perdido toda posibilidad de avances en torno a los objetivos del proceso euromediterráneo. Para muchos otros, por el contrario, aparece un nuevo reto en el horizonte, pues consideran que ahora más que nunca el diálogo mediterráneo adquiere una relevancia singular. El proceso euromediterráneo aparece — para estos últimos— como la única vía para demostrar que no nos encontramos ante el presagiado “choque de civilizaciones”.

No se trata del “Norte” y el “Sur”, se trata de un nuevo escenario estratégico en el que es prioritaria la lucha contra el terrorismo internacional que amenaza a los intereses colectivos y al orden mundial. Para los responsables de las dos orillas del Mediterráneo no es el momento de tergiversaciones, es el momento de marginar las diferencias, que existen y seguirán existiendo. Es el momento de plantearse una nueva visión de las relaciones mediterráneas.

Desdichadamente, los atentados de Estados Unidos han abonado el terreno para el discurso fácil que crece por doquier y en todas direcciones, tanto para los filoamericanos como para los antiamericanos, para los espíritus abiertos al Islam y temerosos de la injusta generalización como para las posturas más inquisitoriales de nuestra sociedad. Estas reacciones, que promueven tantos prejuicios en el ciudadano europeo y en el árabe musulmán, son motivo suficiente para que muchos sectores de la política y la sociedad estén dispuestos a demostrar lo que de falsos y manipuladores tienen todos estos discursos recurrentes que han saltado a la opinión pública a través de los medios de comunicación.

En este sentido, el entendimiento euromediterráneo será la oportunidad que nos brinde el año 2002. Más que nunca el Proceso de Barcelona en su V convocatoria tendrá que concienciarse del profundo esfuerzo

necesario para el progreso en el Mediterráneo, despejando los fantasmas del desencuentro entre civilizaciones.

En estos dos procesos España tiene una participación relevante en el ámbito internacional que cada uno de ellos define. Por ello desde hace años, dado que no es una novedad, el Ejecutivo español no deja escapar cualquier ocasión de mediación diplomática al más alto nivel, que exige la complicada ejecución de estos dos grandes retos del Mediterráneo.

Sin embargo, no han sido los únicos escenarios en este ámbito de la acción exterior en los que el gobierno español se ha tenido que implicar a fondo en el transcurso de estos meses. Mucho más cercano y comprometido se ha presentado el extremo occidental del Mediterráneo. El año 2001 ha sido un año muy difícil en las relaciones entre España y Marruecos.

EL PROCESO DE PAZ EN ORIENTE PRÓXIMO

Intifada y diplomacia internacional

El 28 de septiembre de 2000 la visita del diputado del Likud Ariel Sharon a la Explanada de las Mezquitas desató la segunda Intifada. A lo largo de aquel año los repetidos desacuerdos entre Ehud Barak y Yaser Arafat negaron al presidente Clinton la oportunidad de terminar su mandato coronado con el laurel de la paz en el Oriente Próximo.

Realmente, aquellos últimos meses fueron el momento en que más cerca se estuvo de la paz, pero la provocación de la Intifada reventó las escasas esferas en las que se podía alcanzar algún acuerdo en común. Con esta escalada de violencia y fracaso diplomático comenzó el año 2001, pero lo que todavía es más grave, termina el año mucho peor de lo que empezó.

El 2001 ha sido el año en el que el Proceso de Paz de Oriente Próximo ha cumplido su décimo aniversario. Cuando en 1991 se reunió en Madrid la Conferencia de Paz, todos los asistentes sabían que se trataría de un camino largo. Los primeros acuerdos de Washington y Oslo generaron el convencimiento de que quizás, aunque los plazos se retrasasen, los compromisos serían insoslayables. Sin embargo hoy, diez años después, nadie puede afirmar que aquel “espíritu de Oslo” siga vivo. No ha desaparecido el Proceso de Paz como tal, pero los escollos se vuelven tan

insalvables, que ya poco se reconoce de aquel ánimo que inundó el Oriente Próximo al principio de la década de los noventa.

Si algo tenía este proceso de singular era el objetivo de crear medidas de confianza entre ambas partes que llevaran al reconocimiento mutuo; sin embargo esa excepcional característica se ha ido minando por completo. Hoy lo que tenemos es un proceso que ha perdido su condición fundamental, pues se está convirtiendo en una negociación más de tantas que a lo largo de los últimos cincuenta años se han producido en el Oriente Próximo.

En este contexto de profundo desengaño se ha mantenido hasta la actualidad el levantamiento popular palestino que dio pie hace más de un año a la segunda Intifada. En el tiempo que ha transcurrido desde entonces la escalada de violencia se ha ido acentuando progresivamente. La represión israelí alcanzó a los pocos meses de su inicio un número de víctimas más elevado que el que había supuesto en su totalidad el movimiento de 1987. A las operaciones militares y la violencia de los colonos armados, hay que añadir el cierre y bloqueo de los territorios. Estas medidas han impedido con frecuencia el desplazamiento de los trabajadores palestinos a las zonas israelíes, lo que ya se había resuelto en los acuerdos de 1994. Las mismas prohibiciones han recaído sobre el tráfico de mercancías. A lo largo del año se han cerrado pasos fronterizos que unen los territorios de la Autoridad Nacional Palestina, no sólo con Israel, sino además con Jordania y Egipto. Se han cobrado tasas por el paso de camiones con ayuda humanitaria a la franja de Gaza. La política de asentamientos y colonización, lejos de atajarse, ha seguido creciendo.

Estas circunstancias de violencia creciente e indiscriminada, unidas a la incapacidad de los mediadores internacionales para obligar a las partes a cumplir sus compromisos, han dejado su huella en la evolución de la Intifada, que sigue su desarrollo paralelo al margen del Proceso de Paz. Motivo por el cual se han producido dos fenómenos dignos de tenerse en consideración: primero, el odio y resentimiento que está generando la Intifada hace que Arafat y la cúpula de Al Fatah se encuentren cada vez con más dificultades para controlar una reacción humana que crece de forma natural y no planificada; segundo, esta situación está provocando la unión de nacionalistas e islamistas por las mismas razones mencionadas.

Uno de los efectos que ha provocado la Intifada en esta ocasión ha sido un distanciamiento cada vez mayor entre las propias autoridades palestinas que actúan en las negociaciones y el pueblo palestino que no

ve resultados, muy al contrario de lo que ocurrió en la primera Intifada. La protesta social de 1987 provocó el despertar internacional hacia la causa palestina y contribuyó, tras la Guerra del Golfo, a la celebración de una Conferencia de Paz. El fruto fue la credibilidad y legitimación política de la Autoridad Nacional Palestina.

Sin embargo, nadie puede negar, lo que con frecuencia se omite, la existencia de otros efectos devastadores en el plano interno para los palestinos. Ese mismo deterioro de entonces, se ha multiplicado en gran medida como efecto del levantamiento que se reproduce en la actualidad. La pobreza, el desempleo, la desescolarización, la desconfianza social, el cada vez menor aprecio a la vida son elementos cotidianos en los territorios que viven la Intifada.

En definitiva, las fuerzas israelíes, con la justificación de perseguir el terrorismo palestino creciente en estas circunstancias de aislamiento y miseria y aplacar la lucha callejera, han aplicado un castigo colectivo a la población palestina que sobrepasa la mesura y equilibrio en la respuesta tanto a los atentados como a los desórdenes populares. Ariel Sharon ha llegado a referirse para describir esta actuación a una “política defensiva” en la que todo ha valido: desde los atentados selectivos, armas que iban desde los teléfonos bomba hasta la utilización de helicópteros Apache y aviones F-16 del Ejército israelí para bombardear aldeas de los territorios.

Mientras tanto, la comunidad internacional ha seguido con sus esfuerzos diplomáticos; incluso ha recriminado a Sharon. La Unión Europea además de su ya enviado especial, Miguel Angel Moratinos, ha utilizado las funciones del representante para la Política Exterior y Seguridad Común, Javier Solana. Como principal mediador en la región, Estados Unidos, cuyo peso es muy superior al de Europa, ha enviado al senador Mitchell y al jefe de la CIA Tenant, pero no ha recurrido a actitudes de firmeza más allá de las diplomáticas para hacer cumplir a Israel las múltiples resoluciones de las Naciones Unidas que pesan sobre este Estado desde hace años, ni siquiera para evitar los sucesivos aplazamientos de los acuerdos. Por tanto, estas circunstancias han favorecido, que a los ojos de la población palestina y árabe en general, esta paz parezca cada día más hecha a medida de unos cuantos, mientras que la voz de la sociedad internacional, que clama por la mera aplicación de los derechos humanos y políticos de los palestinos, es desoída y despreciada.

En este contexto de violencia y de levantamiento cada vez más numeroso y desarraigado hemos visto transcurrir prácticamente todo el año.

Como hemos dicho, no han cesado los intentos de poner en funcionamiento una diplomacia que impida la defunción definitiva del proceso negociador. Desde los Acuerdos de Sharm el-Sheikh, completamente estériles, los Estados Unidos mantuvieron su gestión entre las partes, llegando a la elaboración y aprobación en mayo de las recomendaciones conocidas como el “Informe Mitchell” para la paz en el Próximo Oriente.

El “Informe Mitchell” no añadía nuevas condiciones a lo ya acordado en las Cumbres celebradas entre Barak y Arafat anteriormente. El sentido del informe era forzar a palestinos e israelíes a comprometerse a retomar el camino del Proceso de Paz. En definitiva, a respetar y llevar a la práctica los puntos alcanzados en las reuniones que debían preparar el esperado estatuto definitivo para la creación de un Estado Palestino. Y lo que era igualmente importante, llamaba a ambos lados a establecer las medidas necesarias que contribuyeran al restablecimiento de la confianza mutua.

El informe insistía en la necesidad de que la Autoridad Nacional Palestina condenara de manera clara el terrorismo y sometiera a la justicia a los activistas que actuaban en sus territorios. Sin embargo las mayores recriminaciones se lanzaban contra el gobierno de Sharon, dando de lleno en los puntos que habían agudizado la Intifada y la grave situación en la zona en conjunto. Se pedía la retirada de las tropas israelíes a las posiciones que ocupaban antes del 28 de septiembre de 2000 y se increpaba a la policía para que dejara de utilizar armas letales en la represión de las redadas de ciudadanos desarmados; se pedía el cese de actividades en los asentamientos; se solicitaba el final del cierre de los territorios y la devolución de las tasas por movimientos correspondientes a los palestinos.

Aunque las recomendaciones repartían las responsabilidades entre palestinos e israelíes encomendando a las autoridades a regresar al proceso, se desprendía de ellas un velado reconocimiento del peso que ha jugado la actitud del gobierno de Sharon en el desencadenamiento y empeoramiento de la situación social en los territorios.

El primer ministro ha convertido a lo largo del año la implantación de las medidas del “Informe Mitchell” en un círculo cerrado del que parece no tener intenciones de salir. La postura que ha caracterizado a Sharon ha sido la de condicionar el proceso al cese de la violencia; sin embargo ésta no cesará mientras Israel no cambie de actitud y esté dispuesto a cumplir los acuerdos.

El año se ha pasado dando vueltas a los mismos puntos, lo que ha provocado el estancamiento y la consabida merma en la credibilidad del Proceso de Paz. El primer ministro israelí incluso ha introducido nuevos principios en las negociaciones que se alejan de los que habían regido los Acuerdos de Oslo. Las acusaciones hacia la Autoridad Nacional Palestina han sido constantes, lo que ha contribuido a la quiebra de la ya siempre difícil unidad entre los sectores palestinos, pero ello ha provocado un efecto similar en el lado israelí. Ariel Sharon ha tenido que enfrentarse de la misma manera a la división de su precario Gobierno de unidad nacional.

Por otra parte, esta actitud le ha proporcionado un duro golpe en el exterior. A comienzos de septiembre, tuvo que soportar las acusaciones hechas en el seno de la conferencia de Durban, en la cual se equiparó sionismo y racismo.

El "día después" de los atentados en Estados Unidos

Esta quiebra del orden interno de unos y otros ha llegado a su máximo grado de expresión a raíz de las circunstancias que han sucedido desde el 11 de septiembre.

El otoño simplemente ha hecho más patentes los males profundos que ya se vivían en Palestina e Israel. El Proceso de Paz, estancado desde el año pasado, y que ha acabado produciendo únicamente muertos en vez de progresos hacia la paz, se ha reactivado de nuevo en el escenario mundial a raíz de la reacción que en todo el mundo árabe musulmán han causado los actos terroristas en Estados Unidos.

En el marco de la Intifada, la escalada de violencia se volvió a disparar. Se puso de manifiesto uno de los problemas más graves a los que se enfrenta la Autoridad Nacional Palestina y que ya había dado la cara desde meses atrás como comentamos. Arafat no pudo impedir la sublevación de sectores estudiantiles e islamistas, que animados por las primeras interpretaciones de los atentados como un triunfo del Islam contra Occidente, acentuaron la violencia callejera provocando que la propia policía palestina tuviera que arremeter contra los manifestantes. Tras este incidente, desgraciado para la memoria colectiva palestina, los movimientos islamistas, Yihad y Hamas, se mostraron más amenazantes que nunca y no sólo contrarios a la política que mantiene Arafat en las negociaciones del Proceso de Paz, sino a su voluntad de sumarse a la coalición antiterrorista liderada por Estados Unidos. Desde ese momento estos movimientos se han res-

ponsabilizado de numerosos ataques suicidas contra Israel, que han ido aumentando especialmente en las últimas semanas del año.

Por lo que se refiere a Israel, ni siquiera los atentados de Nueva York, que han impactado hasta a los más perseverantes enemigos de la política americana, fueron suficientes para hacer reaccionar al Gobierno israelí en los primeros momentos.

Muy por el contrario, a la actitud que se hubiera podido esperar como consecuencia de la tragedia, la reacción de Israel fue de recrudescimiento de la represión al hilo de los momentos de confusión. Hablamos de recrudescimiento hasta tal extremo que en pocas semanas los territorios de la Autoridad Nacional Palestina fueron vueltos a ocupar y controlar por el Ejército israelí.

La actitud de Sharon, en medio de aquellos momentos en los que se estaba viviendo la mayor crisis de las últimas décadas, momentos en los que todavía no se conocía el alcance mundial, y especialmente en el mundo árabe musulmán, que podían tener los atentados de las Torres Gemelas, resultó ser una muestra de falta de sensatez y tolerancia.

La primera reacción vino desde el interior de su propio Gobierno, llegando casi a la ruptura completa entre Sharon y Peres, por quien se ha ido apostando como el único interlocutor válido del lado israelí. Pero la grieta no quedó ahí, pues en el exterior provocó la crispación y tensión en las relaciones bilaterales que mantiene con su aliado histórico, el Gobierno de Washington.

A pesar de las tensiones de los primeros momentos, Estados Unidos mantiene su política de “paños calientes” con Israel: mucha diplomacia pero pocas medidas realmente condenatorias. No obstante, las nuevas circunstancias internacionales han provocado cambios importantes y han agriado notablemente las relaciones bilaterales israelo-americanas.

Los atentados de Nueva York han abierto nuevos horizontes en la política que Estados Unidos despliega en el Oriente Próximo desde hace años. El primer golpe a Israel, el más inmediato, fue la presión que el presidente Bush ejerció sobre Sharon para que frenase la violencia desmesurada que practica sobre los territorios palestinos. Presiones que cayeron muy mal sobre el primer ministro israelí, quien no dudó en ponerse a la defensiva y llegar incluso a ofender a la administración americana en un intento de desligarse de sus designios sobre la región.

Pero mucho más esfuerzo ha tenido que costar a la Casa Blanca proceder al reconocimiento del Estado Palestino. A comienzos de octubre, por primera vez un presidente norteamericano ha manifestado la necesidad de que exista un Estado propio para el pueblo palestino. Actitud en la que George W. Bush fue secundado por el primer ministro británico Tony Blair, que inmediatamente se expresó en el mismo sentido.

A la vista de esta basculación sin precedentes hacia los objetivos palestinos, se puede deducir el mensaje que el 11 de septiembre ha dejado en la política exterior de Estados Unidos: ha llegado la hora de revisar las relaciones que el mundo occidental mantiene con sus vecinos árabes.

Cuando está a punto de finalizar el año nos queda pendiente un gran interrogante como es el saber hacia dónde vamos. Los cambios de posición que trajeron los primeros impactos de los atentados se van atenuando. Estados Unidos inclinó por una vez su balanza hacia los palestinos, pero no podemos perder de vista la necesidad de la gran potencia de contar con el apoyo del mundo árabe musulmán en su operación de “Justicia Infinita” contra el terrorismo y captura de Ben Laden.

Este reequilibrio de la balanza americana todavía no se ha traducido en hechos reales en la región. Por de pronto George W. Bush se negó a mantener un encuentro privado con Yaser Arafat en el transcurso de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Sin embargo evitemos sacar conclusiones precipitadas y esperemos a que estas nuevas posiciones den su fruto a lo largo del año 2002. Aunque sí hay algo que parece evidente: Estados Unidos no cuenta con mucho margen para atraerse al mundo árabe y musulmán en conjunto. Si no ha actuado antes de que se pase el efecto del 11 de septiembre, es posible que haya perdido una oportunidad de oro para rehacer su posición en Oriente Próximo. Será un error de Washington olvidar que por detrás de la diplomática postura de los Gobiernos, hay una fuerza mucho más importante que no deja de ejercer su presión, la fuerza de los pueblos islámicos a los que tarde o temprano tendrán que dar complacencia las autoridades políticas de los Estados.

En este panorama, Estados Unidos envió un nuevo representante a la zona, Anthony Zinni. Su misión era lograr un alto el fuego y crear el ambiente propicio para reanudar las negociaciones, pero no tardó en percatarse de la dificultad de su objetivo.

Después de todo esto, podemos sacar una conclusión del año 2001, que por su gravedad, lleva a la necesidad de que las partes implicadas,

así como la comunidad internacional, asuman con toda responsabilidad la evolución que es de esperar en el Oriente Próximo.

Así podemos afirmar que el Proceso de Paz ha ocasionado una profunda decepción y sufrimiento al pueblo palestino, que incluso empieza a cuestionarse la validez y continuidad de Arafat. Al mismo tiempo, el terrorismo de Hamas y Yihad se ha convertido en una plaga contra el pueblo israelí. Sharon, reclamado por crímenes contra la humanidad por el Tribunal de Bruselas, pide imposibles que probablemente impedirán que vuelva a crecer el espíritu de confianza. Éste es el gran problema que tienen los israelíes y del que piensan equivocadamente que saldrán adelante con la intervención militar. El Gobierno de Tel Aviv no ha dudado en aprovechar el contexto internacional de lucha contra el terrorismo para aplicárselo a los palestinos, pero parece no querer ver que jamás conseguirá la paz si su base es el uso de la fuerza. De este daño, que no tardará en volverse contra la comunidad internacional en su conjunto, serán responsables las potencias que no actúan sobre Israel con la misma contundencia que lo hacen sobre otros Estados. El hecho de haber acostumbrado a Israel a esto y permitir que actúe con completa impunidad es una amenaza internacional.

El papel de España

En lo referente al papel de España en todo esta evolución, podemos afirmar que el Oriente Próximo ha constituido para ella uno de los centros de atención más importantes a lo largo del año. El Ejecutivo de Madrid ha mantenido su acción mediadora de forma directa y sumándose a su vez a las iniciativas comunitarias en la zona.

España ha estado abierta a las solicitudes de palestinos e israelíes ofreciendo un marco para el encuentro entre las dos comunidades.

A comienzos de año, todavía con el Gobierno de Ehud Barak en el poder, el ministro de Asuntos Exteriores Shlomo Ben Ami fue recibido al más alto nivel. A raíz de la gira que realizaba por Europa recabando el apoyo de los Quince, y ante el evidente deterioro de la situación en Oriente Medio con el estallido de la nueva Intifada y de cara a las elecciones que se avecinaban, Ben Ami mantuvo entrevistas con el rey Juan Carlos I, el presidente Aznar y el ministro Piqué. Para entender el alcance del papel de España no deja de ser significativa, la petición formulada a las autoridades españolas para la realización de una nueva conferencia sobre el Proceso de Paz, a pesar de que no se concretara en hechos.

A mediados del mes de febrero, cuando José María Aznar viajó a Oriente Próximo, la delegación española no insistió en la celebración de una conferencia en Madrid, lo que se entendería como un regreso a los puntos de partida. Por el contrario, a los responsables españoles les pareció más razonable el apoyo a los planes propuestos por Jordania y Egipto para reactivar el proceso.

La actividad diplomática se reforzó con la gira del ministro de Asuntos Exteriores español a la zona: Egipto, Territorios Palestinos e Israel, Jordania, el Líbano y Siria —posteriormente, en mayo, Bashar Asad visitó España con motivo de la inauguración de la exposición “El Esplendor de los Omeyas” en Córdoba. Aunque tuvo carácter privado, el presidente sirio fue recibido con todos los honores que corresponden a un jefe de Estado—. En Oriente Próximo, Piqué insistió en todas sus entrevistas y manifestaciones a la prensa, en la relevancia de la Unión Europea para resolver el conflicto. Destacó muy especialmente que no estamos más que al inicio de la Política Exterior Común.

De su viaje quizás valga la pena resaltar especialmente su presencia en El Cairo y Jerusalén. En cuanto a Egipto cabe destacar el desacuerdo que mostró a su homólogo, Amor Musa, cuando éste acusó a la Unión Europea de pasividad. En su respuesta insistió en el hecho de que las mayores contribuciones económicas a los palestinos proceden de Europa; recordemos el “Informe Marín” que ya desde hace años puso de manifiesto esta realidad, suscitando la polémica y el desagrado de otros actores internacionales (España es el sexto donante con 20.000 millones de pesetas en los últimos cinco años). Por otra parte, aludió a las continuas condenas realizadas a los asentamientos judíos y las respuestas desproporcionadas a los atentados.

De la visita a Jerusalén los medios de comunicación únicamente destacaron la comparación que el ministro realizó entre el terrorismo palestino y el etarra. Comentarios, que dicho sea de paso, no resultarían tan sorprendentes a la luz de lo que ha acontecido meses más tarde, pues es evidente que Piqué no se refería a los orígenes históricos ni a las causas, en cualquier caso injustificables, sino a la actuación irracional y radical con la que actúan estos activistas. Sin embargo, las críticas que suscitaron sus palabras ensombrecieron el importante contenido de su mensaje, dado que apenas hubo repercusiones de la contundente condena que se hizo a la política que el Gobierno de Ariel Sharon lleva acabo en Gaza y Cisjordania, pidiendo el fin del bloqueo de los territorios y la liberación de

los fondos destinados a la Autoridad Nacional Palestina. No dejó de aludir a la dramática situación humanitaria y económica en la que se encuentra el pueblo palestino.

En la sesión parlamentaria que siguió a su viaje en el mes de mayo, Piqué comentó algunas de las conclusiones de su gira. No dudó en acusar a Sharon de las enormes dificultades que pone para la recuperación de la confianza entre las partes y la reanudación del Proceso de Paz. Ya por entonces, advirtió de la preocupación de España ante el hecho de que los acontecimientos pudieran colapsar a Yaser Arafat y producir un grave vacío de poder en la Autoridad Nacional Palestina.

Siguiendo esta posición, el Ministerio de Asuntos Exteriores apostó por el envío de “algún tipo de supervisión internacional”. Este tema se venía barajando desde la primavera, pero, realmente, terminado el año no se había llegado a ningún acuerdo definitivo al respecto, a pesar de que en algún momento, Israel pareció tener una posición más flexible. El recrudecimiento de los hechos en Oriente Próximo ha impedido que esta iniciativa tome forma. Sin embargo, como contrapartida, España, y la Unión Europea en su conjunto, han expresado la necesidad de aplicar inmediatamente las medidas que contempla el “Plan Mitchell”.

Desde los meses centrales del año, la Unión Europea, en sus reuniones conjuntas con George W. Bush —por ejemplo la Cumbre de Gotemburgo en junio—, como en los contactos de Javier Solana y los jefes de Estado directamente, insistió en la necesidad de unir fuerzas entre americanos y europeos para dar un impulso definitivo en el Oriente Próximo. Durante meses estas pretensiones no han dado los frutos esperados, pues aunque la Unión Europea se ha esforzado en buscar un equilibrio en las responsabilidades de palestinos e israelíes, la voluntad de Estados Unidos no acababa de coincidir con declaraciones tan claras como las del propio ministro Josep Piqué, que ha reclamado el establecimiento de un calendario firme para el fin de la ocupación y la proclamación de un Estado palestino.

Respecto a Israel, a pesar de las críticas vertidas sin rodeos contra el Gobierno de Ariel Sharon, el ministro de Asuntos Exteriores español ha intentado dejar en todo momento claro el convencimiento de que, excepto el ala dura del Likud, la mayoría de los sectores israelíes esperan encontrar pronto la paz. Además no ha dejado de reconocer otro hecho evidente como es la necesidad de Israel de sentir garantizada su seguridad contra la acción de los radicales palestinos procedentes de Hamas y Yihad.

Los efectos de los atentados del 11 de septiembre sobre España han sido varios. En primer lugar, un fuerte impulso a la lucha contra el terrorismo, baza que el presidente Aznar no ha dudado en aprovechar para sacarle el máximo rendimiento en el plano internacional, como debía corresponder a esta ocasión. Sin embargo, de este aspecto no nos ocuparemos en este capítulo del panorama estratégico. Aunque en este sentido, no podemos dejar pasar por alto que el Ministerio del Interior español ha puesto todos los medios y esfuerzos para dismantelar las “células durmientes” compuestas por ciudadanos árabes, que la organización *Al Qaeda*, vinculada a Ben Laden, había logrado establecer en el territorio español. También fueron reacciones inmediatas de la población algunos disturbios producidos en Ceuta y Melilla que hicieron tensar la situación en las dos comunidades autónomas, pero los incidentes desaparecieron tras el primer impacto. Más dificultades, que ya trataremos, han supuesto las ciudades norteafricanas en nuestras relaciones bilaterales con Marruecos.

Pero volviendo a la cuestión de Oriente Próximo, si centramos nuestra atención, en segundo lugar, en otro efecto: la intensificación de la diplomacia, que ya venía todo el año siendo muy activa.

José María Aznar participó con el resto de los jefes de Estado de la Unión Europea en la convocatoria de Consejo Europeo que se produjo inmediatamente después de los atentados terroristas. Entre los aspectos a tratar con carácter urgente, como era de esperar, estaba el tema de la situación en el Oriente Próximo. En estos temas la posición española fue unánime con la del resto de los Estados europeos, y vino a ratificar lo que ya desde meses atrás se venía advirtiendo. Pero mucho más relevante, en nuestro análisis, puede resultarnos la acción de la diplomacia española en particular.

El presidente Aznar no suspendió su visita de Estado programada a Túnez con anterioridad a los acontecimientos de Estados Unidos. Por el contrario, a finales de septiembre, el jefe del Ejecutivo español, en su nombre y en representación de la Unión Europea, aprovechó la ocasión para hacer desde allí una llamada a todos los países árabes y musulmanes hacia la necesidad de unir filas en la lucha antiterrorista, contribuyendo a alejar el fantasma del “choque de civilizaciones” que durante los primeros momentos saltó a la opinión mundial. Este peligro de asociar terrorismo e Islam fue uno de los temas más temidos por la comunidad internacional en aquellos días que siguieron al 11 de septiembre.

El presidente tunecino Ben Alí adquirió con esta visita el papel de emisorio para conseguir la mediación ante los países árabes moderados del Mediterráneo, con el fin de conseguir su apoyo en la coalición antiterrorista internacional liderada por Estados Unidos y apoyada por la Unión Europea. Túnez, que comparte la opinión de muchos de los Estados árabes, no dejó de condenar los atentados pero ya advirtió que los procesos internacionales deben estar dirigidos desde las Naciones Unidas.

Además de abordar estos asuntos urgentes y de enorme relevancia, la visita fue destinada a otras cuestiones de relaciones bilaterales entre ambos Estados, dado que el Gobierno de Aznar siempre ha constituido un aval de Túnez y un medio para sus relaciones comunitarias.

Mientras se producían estos contactos entre jefes de Estado, el ministro Piqué viajó a Riad a entrevistarse con las autoridades de Arabia Saudí, quienes aunque no tuvieron objeción en condenar los atentados en Estados Unidos y declarar su compromiso en la lucha antiterrorista, pero rechazaron la posibilidad de que los Estados Unidos utilizaran las bases.

A finales de octubre, siguiendo la línea de actuación marcada, se reunió en Agadir el Foro Mediterráneo con el claro propósito de demostrar que la nueva situación ha puesto de manifiesto la necesaria lucha contra el terrorismo. Volvieron a surgir las diferencias entre europeos y árabes del Mediterráneo, pues estos últimos insistieron en la recuperación del papel de las Naciones Unidas y en la petición de que la Unión Europea sea más contundente en el conflicto entre palestinos e israelíes. Los representantes europeos se limitaron a reconocer la fuerte frustración que está desencadenando la situación de Oriente Próximo en todo el mundo árabe.

Nuevamente la actividad diplomática, en los días inmediatos, reunió a los países mediterráneos en el III Foro Formentor en Mallorca —convocatoria a la que no acudió Marruecos—. El Foro no aportó nada a lo ya sabido. Si algo cabe señalar, fueron dos hechos. El primero, los esfuerzos diplomáticos del presidente egipcio Hosni Mubarak y José María Aznar en mantener el ánimo de diálogo en la reunión en unos momentos en los que el deterioro de la situación es incalificable en Oriente Próximo. Y, segundo, la dureza con la que Aznar se dirigió en sus discursos a Arafat y Peres —que no logró reunir a negociar—, cuestionando si verdaderamente seguía existiendo la voluntad de llegar a la paz y de asumir los riesgos que traerían los acuerdos para la convivencia de ambos pueblos. El presidente español se refirió a los atentados de las Torres Gemelas como el revulsivo que debería hacer reaccionar a una zona atormentada desde hace

décadas, y lanzó su iniciativa encaminada a no perder el progreso emprendido en el Mediterráneo a través del Proceso de Barcelona.

Por lo demás, todo sigue igual; la división interna entre Simón Peres y Ariel Sharon es cada vez más grande y amenazante, como el propio ministro de Exteriores israelí advirtió en sus comentarios. El problema de Jerusalén no presentó ninguna novedad que permitiera ver la luz. A comienzos del año 2001, los palestinos declararon Jerusalén Este como la capital del futuro Estado palestino, mientras Sharon persistía en la unidad de la Ciudad Santa y desestimaba cualquier negociación sobre el asunto, como también la retirada de las fuerzas israelíes de los territorios palestinos.

En este marco, es indispensable la reactivación del Proceso de Barcelona, como apuntábamos al iniciar el capítulo. La próxima convocatoria ha quedado fijada por los ministros de asuntos exteriores para los días 22 y 23 de abril de 2002 en Valencia. Al mismo tiempo este encuentro supondrá una serie de conferencias previas en las que se tratarán los asuntos económicos del Mediterráneo.

Inaugurado hace seis años, el relanzamiento de este foro euromediterráneo se ha convertido en una de las claves de la próxima Presidencia de España de la Unión Europea. En estos momentos en los que nos encontramos, a finales del año 2001, parece trascendental impulsar el único ámbito de carácter multilateral en el que palestinos e israelíes se han sentado a dialogar hasta el momento. Más aún, el espacio en el que Siria y Líbano están dispuestos a entenderse con Israel. Es evidente que los aspectos relativos a la seguridad ocuparán un lugar principal en los debates de este encuentro. Y habrá un punto de partida claro, pues es obvio que quien considere que la paz se alcanzará por la fuerza y el uso de la violencia está completamente equivocado.

Aquí queda el camino abierto para España. Entre los objetivos que ha definido para su próxima Presidencia de la Unión Europea se encuentra el firme propósito de reforzar todas las vías que puedan llevar a culminar el Proceso de Paz en Oriente Próximo.

LA REACCIÓN DEL MUNDO ÁRABE ANTE LOS ATENTADOS DEL 11 DE SEPTIEMBRE

En los Estados árabes el conflicto palestino-israelí siempre ha causado fuertes estragos a lo largo de la historia. La década de los noventa,

ocupada por el Proceso de Paz, no ha sido menos, a pesar de lo que se podría suponer a primera vista.

El peso de la mediación de Estados Unidos en el proceso, complementado por el papel de la Unión Europea, ha dejado sus huellas no sólo entre los gobiernos vecinos, más inclinados a Occidente o por el contrario opuestos a éste, sino que también ha afectado a los pueblos árabes. Estas circunstancias, sin duda, han condicionado la evolución interna de los países de Oriente Próximo.

Los atentados del 11 de septiembre han servido para sacar a la luz lo que de momento no es más que la punta de un iceberg que podría tener una gran profundidad y dimensión. Los regímenes asentados en el poder de los Estados árabes, con frecuencia reprimen los movimientos políticos y populares que puedan significar la oposición. Una oposición laica. Sin embargo, aunque en algunos países se controlan, muy estrechamente, los movimientos islamistas no se prohíben abiertamente, lo que significa que estos son casi el único campo que queda libre para la oposición a los regímenes políticos. Esto nos explica que el “antioccidentalismo” que practican algunos pueblos, se traduzca en lo que llamamos “fundamentalismo”, a pesar de las posiciones de sus dirigentes políticos.

Es importante tener presente esta apreciación para entender cuál ha sido la reacción árabe ante los actos terroristas en Estados Unidos. Los gobiernos y, en su mayoría los pueblos, han condenado unos atentados execrables. De hecho, el primer impacto hizo reaccionar incluso a los más fervientes opositores de los americanos, y a nadie le pudo pasar desapercibida la moderación y contención con la que reaccionaron dirigentes como Sadam Hussein o Gadafi. Sin embargo, eso no fue más que el principio; con el paso de las semanas, las posiciones árabes han ido fluctuando. Ello se puede haber debido muy probablemente a las presiones que los gobernantes han empezado a sufrir desde el interior de sus países.

Antes de pasar a los Estados árabes, conviene detenerse en otra relación muy especial, como ha sido la de Irán y Estados Unidos, interrumpida desde hacía veinte años, pero “reabierta” a raíz de estos acontecimientos. Irán, no siendo Estado árabe, es la cabeza del Islam asiático; por este motivo su posición era trascendental. Las autoridades iraníes podían haber levantado una oleada islamista, que sólo hubiese encontrado parangón en la Revolución Jomeiní. Sin embargo, el presidente de Gobierno, el reformista Mohamed Jatami —recientemente reelegido en

junio—, ha sido el protagonista no sólo del cambio que se venía produciendo en el interior durante los últimos años, sino también en sus relaciones externas.

El presidente iraní condenó los atentados terroristas, y aunque no ha sido una relación fácil —no se han producido contactos directos entre Jatami y Bush en ningún momento—, sí se han apreciado progresos. El hecho más relevante ha sido su posición contraria a Afganistán, lo que no significaba que estuviera dispuesto a respaldar a Estados Unidos y sus aliados. De hecho, negó la utilización de su espacio aéreo a la troica europea que le visitó a finales de septiembre, y se despachó bien en críticas contra el presidente George W. Bush. Eso no impidió que reconociera el derecho de los norteamericanos a la autodefensa, pero bajo patrocinio de Naciones Unidas. Por otra parte, el régimen talibán sunní no ha encontrado respaldo en el chiísmo iraní. Pero además es que el Gobierno de Teherán, aunque ha prestado ayuda humanitaria, no se ha mostrado dispuesto a seguir recibiendo más refugiados afganos en su territorio, pues ya lo viene haciendo desde hace años a causa de la guerra civil en el país vecino.

Dentro ya del espacio árabe, se han producido reacciones muy peculiares, como acabamos de indicar. Iraq siempre ha mantenido su causa estrechamente vinculada a la *Yihad* para la liberación de palestina. A su vez, Osama Ben Laden utilizó la situación palestina e iraquí, a las que es tan sensible el mundo árabe, para ganar su apoyo y popularidad entre los pueblos. Bagdad pidió cordura y evitar el uso de la fuerza, pero, endurecido por el embargo y los bombardeos rutinarios que vive desde hace más de diez años, no condenó los atentados contra la Torres Gemelas y el Pentágono. Recordemos que, durante los meses de junio y julio anteriores, el presidente Bush intentó imponer una nueva resolución en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas para el endurecimiento de las sanciones contra Iraq. La amenaza de Rusia a utilizar el derecho de veto impidió este hecho. En cualquier caso, señalemos la división de los iraquíes, pues partidos como el Comunista Iraquí, la Unión Patriótica del Kurdistán y el Partido Comunista del Kurdistán de Iraq se desmarcaron de la política de Sadam Hussein y su primer ministro Taha Yasin Ramadan, manifestando su condena y repulsa al terrorismo.

Posteriormente, al inicio de la guerra contra Afganistán, el presidente de Iraq no dudó en calificar los ataques de Estados Unidos como una con-fabulación contra el pueblo musulmán. Esta actitud le ha costado una

serie de sospechas y acusaciones sobre su responsabilidad en los atentados, lo que luego ha quedado desmentido. En cualquier caso, desde ese momento, Estados Unidos advirtió a la comunidad internacional sobre la posibilidad de ampliar los ataques al Estado iraquí, aunque luego no se ha cumplido la amenaza.

El más fiel aliado de Estados Unidos, Arabia Saudí, inmediatamente cerró filas con el Gobierno de Washington, pues la nacionalidad de Ben Laden podía haber suscitado algún tipo de equivocación de cara al exterior. Sin embargo la monarquía saudí —prácticamente en manos del príncipe Abdallah, candidato a heredero del rey Fahd— no ha resultado tan incondicional como se esperaba. En octubre, el Gobierno de Riad se negó a recibir al primer ministro británico Tony Blair en la gira que realizó por Oriente Próximo recabando apoyos para el frente aliado en la guerra contra Afganistán. No se negaron a condenar el terrorismo, pero tampoco han accedido a prestar las bases aéreas para que las utilice Estados Unidos. Ni siquiera un segundo emisario, el ministro de Asuntos Exteriores, Josep Piqué, logró esta concesión en su viaje días más tarde.

Los saudíes ya tuvieron bastante con la Guerra del Golfo hace diez años. La presencia de tropas americanas en su territorio causó una crisis interna en el mundo árabe de la que todavía no se han recuperado. Es muy difícil de entender bajo el prisma occidental, pero no lo es desde el interior de la “nación árabe” y mucho más representando Arabia Saudí la cuna del Islam. Aquellos hechos no sólo ocasionaron una de las grietas más profundas en toda la historia de los Estados árabes, pues de “aque-llos polvos, estos lodos”. El propio Ben Laden es producto de aquel conflicto, no del bélico, sino de la crisis interna de la “umma” (unidad interna entre los árabes). La visión pragmática del mundo occidental impide valorar este hecho, pero está ahí latente.

A este análisis cabría añadir además la división interna que ha aflorado en la familia real saudí respecto al “hijo pródigo” que se ha atrevido a atentar contra las Torres Gemelas. A las luchas internas que ya de por sí caracterizan a la sucesión en el poder saudí, sólo quedaba sumar estas circunstancias.

El rey Abdallah II de Jordania, otro de los grandes aliados de Estados Unidos ha sido más coherente con su posición tradicional, lo que no significa que su panorama interno sea mejor. Desde el primer momento vio en la lucha contra el terrorismo, la ocasión para terminar con el que también sucede en el interior del mundo árabe. En este sentido no dejó de

trasladar el hecho al conflicto de Oriente Próximo. Y, muy rápidamente, manifestó su voluntad de enviar tropas a la guerra de Afganistán, siempre que se tratara de una misión en el seno de Naciones Unidas.

Aquí ya saltaba otra de las matizaciones que se han observado en todo el mundo árabe: aquéllos más inclinados a la intervención no han dejado en ningún momento de condicionar su actuación al mandato de la comunidad internacional, no al de Estados Unidos.

Egipto se ha sumado a esta postura, que pretende recuperar el papel de Naciones Unidas. Hosni Mubarak se mostró como el líder más fuerte de la diplomacia árabe, pues los hechos confirman la necesidad de convocar una conferencia internacional sobre terrorismo. Esta reclamación fue formulada hace ya un par de décadas, sin que llegara a realizarse. El presidente egipcio consideró el terrorismo palestino como nefasto para la paz, pero no dudó en señalar la actitud israelí como la fuente del radicalismo que se está produciendo en Oriente Próximo.

Trataremos brevemente de Siria, que como los demás, ha condenado los atentados. Por no sacarlo de su contexto árabe, destacaremos que su evolución interna a lo largo del año 2001 ha resultado más significativa y trascendental que su reacción al 11 de septiembre. El Gobierno de Damasco ha llevado a cabo serios progresos, especialmente en sus posiciones regionales. Ha sido un año en el que se han procurado solucionar pesados contenciosos heredados de Hafez el Asad. En marzo, en la cumbre celebrada por la Liga Árabe en Aman, el presidente Bashar el Asad dio un paso histórico al ofrecer su apoyo al presidente Yaser Arafat y al pueblo palestino. En noviembre, el presidente sirio fue más lejos al anunciar su voluntad de reabrir las negociaciones de paz. Tradicionalmente Siria consideraba los Acuerdos de Oslo como una traición a Palestina y, aunque hubo un intento de solucionar los problemas de la banda sirio-libanesa a finales de 1999, no se llegó a nada. El presidente sirio sigue apostando por una paz global en la región, como hizo su padre, pero también está dispuesto a evitar una nueva escalada militar contra Israel.

En su acción interna, Asad también ha comenzado sus reformas que permitan el camino hacia la tolerancia política —excarcelación de presos— y la recuperación económica. Su intención es anular en un futuro cercano la Ley de Emergencia vinculada a las cuestiones de seguridad del Estado y de la región. Prueba de ello ha sido la “normalización” con sus vecinos libaneses, pues al igual que hiciera Israel el año pasado, en junio de este año, Siria ha retirado sus tropas de Beirut después de veinticinco

años, aunque quedarán todavía unidades en algunos enclaves importantes del país.

Estos cambios explican que, ante los acontecimientos del 11 de septiembre, Siria actuara con discreción, no queriendo incitar en ningún caso a la alarma internacional o a posturas radicales.

Además del análisis de las posiciones tomadas por las autoridades árabes, hay otras circunstancias en estos países que no conviene olvidar. Prácticamente todos estos Estados tienen dificultades con los movimientos islámicos en su interior. Por ello los repasamos de forma separada; por la separación que también en la realidad existe entre gobiernos y pueblos en el mundo árabe, a pesar de que haya regímenes que hagan intentos de “democratización”.

Dentro de Iraq, cabe destacar la actividad de los sectores más radicales del islamismo situados en el Kurdistán iraquí, que no han tardado en ofrecer su apoyo a Afganistán. Después de la Guerra del Golfo, hay múltiples sectores que han crecido allí en los últimos años al amparo de varios Estados árabes y musulmanes de Asia central y, muy concretamente, gracias a la financiación de Ben Laden. Cuentan con un importante apoyo popular por los servicios sociales que prestan, pues el gobierno central carece de recursos. También hay que decir que tanto el Partido Democrático del Kurdistán como la Unión Patriótica del Kurdistán se hallan en pugna contra estos movimientos islamistas.

La juventud saudí se despega cada vez más de sus dirigentes, fundamentalistas a pesar de su apariencia pro-occidental, pero los problemas económicos que se sufren en los últimos años ha desencadenado un movimiento popular cada vez más creciente contra la familia real. Crecen los sentimientos antioccidentales, a raíz de la merma del petróleo y la corrupción financiera por un lado, y también por la presencia de tropas extranjeras en suelo sagrado musulmán. Las simpatías por Ben Laden, con toda seguridad, son superiores a las que se han traducido en la prensa.

De Jordania no hace falta recordar la cantidad de desplazados palestinos que tiene en su interior, a pesar de los oscuros acontecimientos del pasado. La posición del monarca a favor de Estados Unidos ha levantado los ánimos de todos aquellos contrarios al apoyo que los americanos prestan a Israel. El rey Abdallah ha puesto al límite su popularidad en el interior de su Estado, y aunque la oposición está completamente desarticulada, las críticas islamistas se pueden escuchar entre los escaños del Parlamento.

La presencia de los palestinos en suelo jordano contribuye a la difusión de un sentimiento popular muy antiamericano, y no nos referimos a la cúpula del poder. En este país se admira la línea dura que mantiene Siria con Israel, o la resistencia de Iraq contra el embargo. Quizás la dependencia de la economía de Estados Unidos sea el elemento que contribuya al contrapeso en el otro lado de la balanza. Se podría decir que al pueblo jordano no le gustó que ocurrieran los atentados, pero tampoco les gusta lo que ocurre en el mundo árabe.

En Egipto, el declive económico provocado por el descenso de la producción del petróleo y, en consecuencia, del tráfico en el Canal de Suez, y el descenso de los ingresos que producía el turismo, unido a la falta de resultados en las gestiones diplomáticas de Mubarak en el conflicto palestino-israelí, han contribuido a la caída de la popularidad del presidente. En este país, además de la oposición islamista, sí que existe un movimiento burgués de oposición política digno de mencionarse. Sin embargo, existe una amenaza latente entre las filas del Ejército, hasta ahora fieles al presidente, pero cada vez más infiltradas por elementos procedentes de movimientos radicales, lo que obliga a medir con precisión las posturas exteriores que Egipto toma respecto al mundo occidental.

Una de las situaciones más complejas es la del Líbano, donde Estados Unidos tiene perdida su batalla en la lucha antiterrorista. El Parlamento libanés cuenta con nueve diputados pertenecientes a Hizbullah, pues el Gobierno los considera una organización de resistencia, no un grupo terrorista. De ahí que el primer ministro Rafic Hariri haya rechazado la petición norteamericana de congelar las finanzas internas e internacionales que recibe este sector islamista. Sin justificar de ningún modo esta actitud, sí queremos recordar aquí, para comprenderla, el contencioso que en el sur del país ha existido durante años con Israel, zanjado sólo parcialmente, pues a pesar de la retirada de las tropas se siguen produciendo eventuales ataques en la frontera entre ambos Estados. Esto nos explica que amplios sectores de la población apoyen este comportamiento.

En definitiva, esta es una lucha contra el terrorismo, pero es un elemento incendiario para el Islam. No porque queden dudas sobre la oposición de los pueblos musulmanes al “terrorismo”, sino porque como concepto puede variar a veces y porque lo ven como una vía de expresión posible contra sus propios regímenes. Si dejamos tiempo, veremos que lo que ha pasado en Estados Unidos tendrá hondas repercusiones sobre lo que va a pasar desde la base en el mundo árabe musulmán.

LA SITUACIÓN EN MARRUECOS

Las condiciones internas del país

Ya han pasado más de dos años desde que Mohamed VI subiera al Trono en Marruecos. Parecía que el sucesor de Hassan II daría un nuevo impulso a la dinastía Alauí y la llevaría por los caminos de la modernización que, sobre todo en un país como Marruecos, significaba la esperanza para millones de súbditos que viven en condiciones de extrema pobreza.

Sin embargo, todas esas pretendidas reformas que debían caracterizar el nuevo reinado avanzan a un ritmo tan lento, que aunque con algún cambio, alguna nota aperturista que es innegable —como el regreso del líder izquierdista Abraham Serfati o el fin del arresto domiciliario del islamista Abdessalam Yasin—, podemos decir que están estancadas.

Estas circunstancias no pasan desapercibidas a un pueblo que había depositado toda su confianza en el joven monarca y lo había dotado de un carisma completamente gratuito y fruto de esas esperanzas en el futuro basadas en un dirigente político que se presentó ante su pueblo como “el rey de los pobres”.

La evanescencia de esas perspectivas alentadoras hace surgir todavía con más fuerza los tradicionales problemas del Estado magrebí. De ahí que en vez de reformas que permitan avanzar hacia la construcción del Estado magrebí modélico en que debía convertirse Marruecos, lo que tenemos sea una sutil contención de la situación para evitar que ésta se desborde e impida la posibilidad de gobernar. La gobernabilidad cada día es más difícil en un país todavía a la expectativa de los cambios, pero que cada vez cuenta con más sectores decepcionados.

Esta decepción puede tener un reflejo en dos ámbitos que en Marruecos siguen bastante alejados a pesar de la existencia de un entramado institucional que podía llevar a pensar lo contrario. Esos dos escenarios son los que gobiernan por un lado y los gobernados por otro.

Entre los miembros del gobierno o las múltiples facciones políticas, que componen la particular democracia marroquí, fácilmente crecen los desafectos al Trono. Cuestión bien difícil de manejar en un país donde Estado y Gobierno siguen enlazados al estilo del Antiguo Régimen. Precisamente esta necesaria separación en los asuntos políticos, parcial o completa en el mejor de los casos, era una de las grandes esperanzas

que gravitaban sobre Mohamed VI al ocupar el poder. En este sentido poco se ha avanzado, pero al menos el rey ha emprendido una decidida sustitución de los viejos guardianes de la política marroquí —tales como el omnipotente Dris Basri— por hombres de su confianza, a los que se supone podrían estar dispuestos a alejarse de las prácticas de gobierno tradicional e infundir un nuevo estilo hacia la apertura.

También está pendiente la celebración de unas elecciones libres, previstas para 2002. Habrá que esperar para ver si el monarca y la clase política marroquí, tan acostumbrada al autoritarismo, dejan paso a un proceso democratizador apartado de las clásicas manipulaciones, que permita la verdadera legitimación del poder político. Este es un reto que involucra a la capa dirigente del país por su responsabilidad a la hora de propiciar este avance, pero también afecta al pueblo. Habrá que esperar, al mismo tiempo, a saber cuál será el comportamiento popular si los comicios logran efectivamente el grado de libertad de voto que se pretende.

Pero el desencanto de los gobernados, al que nos referíamos anteriormente, se manifiesta y se controla de forma distinta al del gobierno. El pueblo es mucho más fiel al monarca que los sectores ilustrados y lo es precisamente por eso, por las posibilidades de manejarlo a base de golpes de imagen y fuerza. Si los asuntos políticos y económicos son trascendentales en Marruecos para el respaldo de la Monarquía, no lo son menos los asuntos sociales.

Entre éstos el primero de ellos es el analfabetismo del pueblo marroquí. Éste es el principal obstáculo para que algunas de las reformas básicas funcionen y es por tanto la más urgente de las transformaciones que necesita Marruecos. Sin embargo es un problema que no se resuelve a corto plazo. Es más, se convierte en un círculo difícil de romper. El desarrollo económico se retrasa sin una mano de obra cualificada; esa potencial fuerza de trabajo se escapa hacia el exterior al no encontrar ocupaciones en sus propios lugares de origen; se pierde el capital humano en el interior al tiempo que crece la dependencia del extranjero.

En el círculo descrito crece el descontento social y la búsqueda de alternativas a las carencias que no cubre el gobierno. En este contexto hay que entender el fundamentalismo islámico, que aunque de momento controlado, es creciente en Marruecos.

El propio Mohamed VI es un buen conocedor del origen de los movimientos islamistas y su funcionamiento. Así pues, es consciente del peli-

gro de que entren en el juego democrático y acaben por conquistar el poder, pero peor aun es marginarlos dando pie a una clandestinidad que los conduzca hacia la radicalización y la violencia. Situación que además podría llegar a justificar la injerencia exterior en los asuntos internos del Estado. Por esta razón el rey ha optado por la permisividad ante los dos ejes esenciales del islamismo marroquí, el promovido desde el *Movimiento para la Justicia y la Espiritualidad* encabezado por Abdesalam Yasin y el del *Partido para la Justicia y el Desarrollo* encabezado por Abdelilah el Benkiran, mucho más radical el primero que el segundo. El partido de Benkiran estaría dispuesto a participar en el proceso electoral del próximo año, siendo muy probable que alcance un gran número de diputados en el parlamento.

Estos movimientos adquieren una relevancia enorme en el análisis de la situación actual, dado que la falta de ese cambio esperado por el pueblo marroquí, la persistente pobreza y paro urbano y rural, se convierten con frecuencia en fuentes de protesta social y argumentos para la adhesión al discurso del islamismo. En este sentido no se puede pasar por alto la oleada de reislamización que han desatado los atentados del 11 de septiembre en el mundo. Por el contrario, habrá que otorgar a este hecho el peso que se merece para explicar algunas de las aparentes incoherencias de la política personal que ejecuta el monarca.

Es evidente que con el fin de contrarrestar este impulso popular surge la necesidad de cambiar el discurso gubernamental para evitar la desviación de la fidelidad de las capas inferiores. En definitiva surge la necesidad de despertar la conciencia marroquí y la adhesión al rey.

El reflejo en las relaciones bilaterales

Éste es el panorama interno de nuestro vecino marroquí. La desaceleación interna parece llevar a Mohamed VI a buscar sus medios de consolidación en el exterior. Por eso el discurso se ha vuelto agresivo y los comportamientos políticos desmesurados y precipitados.

Aquí es donde entra en juego nuestra difícil vecindad con un país que no acaba de arrancar hacia la modernización y la democratización. Marruecos es un vecino que encierra demasiadas presiones en su convivencia nacional. Por añadidura, estas presiones son potenciales amenazas que ya han experimentado otros Estados del Magreb sin haber encontrado una fórmula adecuada lejos de la represión o la violencia.

Por este motivo algo viene fallando en las relaciones entre España y Marruecos. Algo que ha roto definitivamente el ya de por sí difícil equilibrio entre Madrid y Rabat. Incluso más allá de nuestras cancillerías, el proceso ha llegado a Bruselas.

Desde comienzos de 2001 las relaciones empezaron a tensarse y retorcerse, pero reducir la crisis entre ambos países a los sucesos de estos meses sería limitar una realidad que tiene un pasado mucho más profundo y un futuro a largo plazo.

No conviene perder de vista hechos importantes que afectan a las relaciones bilaterales; ya no sólo el cambio de monarca, sino también la presencia del partido socialista en el Gobierno dirigido por Abderramán el Yussufi. Ambas circunstancias han sido nuevas en las negociaciones de este año.

En lo que se refiere a los últimos meses, es absurdo buscar víctimas y verdugos en una relación en la que ambas partes han desempeñado los dos papeles. Se trata de una controvertida vecindad histórica. No sirve con la ansiada y muy probablemente sincera hermandad entre Juan Carlos I y Mohamed VI. Son dos monarquías distintas que poco tienen en común en cuanto a sus conceptos esenciales y su funcionamiento y, mucho menos, en su forma de presentarse y ofrecerse a sus súbditos.

Pero al margen de afectos personales entre las familias reales, son muchos los puntos de alejamiento entre españoles y marroquíes. Desafortunadamente, demasiados desencuentros para dos Estados que están destinados a entenderse, para dos Estados que pierden mucho al hacer frente a la ruptura diplomática y a la falta de diálogo.

El presidente Aznar, amparado en la firmeza del comisario Fischler, advirtió a Marruecos sobre las duras consecuencias que tendría su actitud calificada de inaceptable en la negociación pesquera; luego el ministro Josep Piqué convocó al embajador en España y se puso en contacto con su homólogo marroquí para advertirle de la insostenible y nuevamente inaceptable actitud ante los problemas de la inmigración ilegal y las mafias. El rey Mohamed VI reaccionó criticando al Ejecutivo español y pidiendo al menos el reconocimiento de responsabilidades compartidas. A partir de aquí una serie de mediadores españoles y marroquíes han ido desfilando por este crudo escenario de las relaciones bilaterales.

Los secretarios de Estado para la Unión Europea y Asuntos Exteriores, el director general para el Mediterráneo, Oriente Medio y África y los

correspondientes representantes marroquíes —algunos de ellos amigos directos del monarca— han intentado enmendar lo que a todas luces esconde males de fondo. Y finalmente, después de varios desplantes a la administración española, todo este periplo de malentendidos, que no ha logrado salvar la diplomacia, ha culminado con la llamada a consultas a Rabat del embajador en Madrid, Abdesalam Al Baraka, a finales de octubre.

Una medida a la que se ha tratado de dar un carácter provisional y a la que se ha tratado de quitar gravedad desde los Ejecutivos español y marroquí. Pero esta imagen que se pretende dar de las relaciones entre ambos países es difícil de creer por el ciudadano medio, a pesar de que en los círculos políticos se haya estado hablando hasta hace pocas semanas de recuperación y de relaciones excelentes.

Por el momento parece que no se celebrará la Reunión a Alto Nivel prevista para diciembre. El gobierno de Madrid ciertamente tiene asuntos importantes pendientes con el gobierno de Rabat, pero mucho más graves se pueden volver las consecuencias internas para Marruecos que para nosotros.

A raíz de la falta de acuerdos en materia de pesca, España ha tenido que iniciar el escabroso camino de la reconversión del sector, pero al fin y al cabo con todo lo que ello conlleva, no deja de ser una parte concreta de la economía de un país en pleno desarrollo en el marco de la Unión Europea. Además, como ya se dijo en su momento y se ha cumplido antes de terminar el año, de los fondos comunitarios se han obtenido ayudas que suavizan esta transformación económica y social.

Los objetivos marroquíes a largo plazo no aparecen nítidos en el horizonte. La actitud del Gobierno de Rabat en los temas de pesca, refleja una cierta incongruencia respecto al interés por una relación privilegiada con la Unión Europea.

Por otra parte, cerca de un millar de empresas españolas, como son el caso de grandes inversores tales como Telefónica, Endesa, Sol Meliá y un largo etcétera, se asientan en suelo de Marruecos creando puestos de trabajo y proporcionando un empuje al desarrollo económico de nuestro vecino del sur. Están pendientes todavía proyectos, por citar un ejemplo, como el de Gas Natural que si bien supone una inversión española de 64.000 millones de pesetas, que se verá compensada a la larga, de forma inmediata supondría 2.000 empleos marroquíes directos y 10.000 indirectos.

Más razones justifican las relaciones económicas entre ambos Estados. Marruecos es el beneficiario del principal programa financiero exterior que tiene España para la conversión de deuda en inversiones privadas. España es el segundo socio comercial de Marruecos.

En torno a otro de los grandes temas como es el movimiento migratorio, las dos partes necesitan un diálogo que lleve a fórmulas urgentes de solución, pero el más perjudicado vuelve a ser el sur. La inmigración clandestina crece por días, lo que dicho sea de paso, no es más que una manifestación de la difícil realidad que se vive en el interior de Marruecos. Es un país con alrededor del 25% de paro. El perfil de este índice es el de una joven población activa dispuesta a lanzarse en patera para buscar un futuro esperanzador fuera de las tierras magrebíes. Estos inmigrantes llegan a España, bien para asentarse o bien como vía de paso hacia Europa, y es aquí donde obtienen unos ingresos por su trabajo que envían a sus familias al otro lado del Estrecho y nutren a las entidades bancarias marroquíes.

Si hacemos un balance de lo dicho hasta el momento, puede llamarnos la atención la cantidad de bazas que pierde Marruecos con unas relaciones deterioradas con España, a pesar de los intentos de suplantar estas controversias a través de las relaciones con Francia. Cabe entonces preguntarse a qué se debe el escaso interés que pone el gobierno marroquí en acercar posiciones al español, incluso cuando éste ofrece una cooperación más allá de lo habitual.

Es complicado averiguar las causas de esta falta de coherencia en la política exterior de Marruecos. Quizás una de las claves fundamentales esté en la situación del Sahara, contencioso respecto al que Naciones Unidas “tiró la toalla” desde el mes de junio al dar su visto bueno al Plan Baker. Y mucho más al poner fin a la misión de la MINURSO, aunque ha quedado una pequeña presencia testimonial.

Esta región, que visitó personalmente a finales de octubre, es vital para Mohamed VI por varios motivos. La anexión del Sahara a Marruecos significaría una recuperación económica considerable al comenzar la explotación de sus recursos naturales, especialmente el petróleo, lo que le proporcionaría una mayor independencia y nuevos socios en el panorama internacional. Potenciales económicos que se añadirían a su posición estratégica. El Sahara también representa el refuerzo de la identidad nacional marroquí para un reino que siempre se ha caracterizado por sus aspiraciones expansionistas. Es la reafirmación del rey ante el pueblo marroquí.

Ante este espinoso asunto, España se encuentra en una situación comprometida por todas partes. Por un lado el pasado colonial sigue pesando enormemente en la opinión pública española, y por mucho que le pese a Mohamed VI, en un país democrático no se puede impedir la libertad de opinión y expresión. El propio Gobierno, que ya se esmera en no mencionar el tema para nada, mantiene una postura acorde con aquellas tesis internacionales que, aun aceptando la creación de una autonomía en el seno del Estado de Marruecos, defienden la celebración de un referéndum. Posición que tampoco agrada al monarca, quien aprovecha y crispa la situación a través del escollo de Ceuta y Melilla.

En definitiva, las relaciones entre España y Marruecos son una de las manifestaciones más claras de los graves problemas por los que atraviesa la monarquía alauí. Sirven para distraer al ciudadano magrebí de la inestable situación interna y es un instrumento más para el lavado de imagen de Mohamed VI de cara a su propio pueblo.

Mientras el monarca marroquí no sea capaz de impulsar las reformas internas que lleven a la democratización, a la estabilización social y al desarrollo económico, siempre existirá una relación conflictiva hacia el exterior, siendo España la mayor perjudicada. Para justificar una mala vecindad podrán esgrimirse controversias diplomáticas, los problemas de la inmigración, el Sahara, etc. Siempre habrá argumentos, pero el conflicto a resolver está en el interior de Marruecos.

Sólo a través de esta lectura de los hechos podremos empezar a entender todo lo que de contradictorio e inexplicable sucede en torno al diálogo hispano-marroquí.

OTRAS CUESTIONES DEL MEDITERRÁNEO

Sin el 11 de septiembre quizás hubiéramos dedicado un análisis más extenso a otros asuntos aletargados, o más bien, olvidados en el Mediterráneo, pero que en su momento tendrán su despertar y sus consecuencias en la estrategia. Hoy todavía no están encendidas las luces del escenario, pero quizás, no tarden las cámaras de los medio de comunicación en llevarnos a otro de los capítulos pendientes: “Turquía y Chipre”.

Turquía no ha tenido un año brillante ni en sus asuntos internos ni en su posición internacional. No olvidemos que este país pasó por uno de los terremotos más fuertes de su historia hace un par de años y eso ha deja-

do una huella profunda en su economía, causando las consecuentes desavenencias políticas en el Gobierno de Bülent Ecevit. El retraso en la recuperación económica del país ha venido causando estragos financieros desde entonces, y ha llegado a su punto culminante en los meses iniciales de este año.

La crisis económica ha provocado el descrédito del Gobierno, inclinando a la población hacia el apoyo del presidente de la República, Ahmed Necdet Sezer. El Partido de la Virtud, principal representante del islamismo turco, ha pedido la dimisión del poder Ejecutivo, habida cuenta del enfrentamiento político entre el primer ministro y el presidente al que se ha llegado en determinados momentos. Sin embargo los partidos tradicionales han rechazado la posibilidad de unas nuevas elecciones legislativas, en las que sin duda los sectores radicales hubieran obtenido clara ventaja de la crisis.

El sistema financiero turco se ha visto al borde de la quiebra, amenazando las garantías del funcionamiento del Estado. Para evitarlo, en febrero se necesitó la intervención del Fondo Monetario Internacional, que inyectó al erario público un crédito de 11.500 millones de dólares con la condición de acelerar la apertura de la economía y la privatización del sector de las comunicaciones y la banca, así como el control de la inflación. El riesgo del colapso financiero turco es su posible repercusión en otros mercados emergentes tanto en Europa del Este como en Iberoamérica, donde muchos acreedores internacionales han depositado sus inversiones.

Estas circunstancias han llevado a que el plan de estabilidad para sanear la economía y preparar la adhesión de la República turca a la Unión Europea hayan quedado afectados en gran medida. A pesar de todo Turquía ha continuado su camino de reformas para cumplir sus condiciones como candidato a la ampliación europea, nombrado desde 1999. El Gobierno se ha mostrado dispuesto a revisar el código penal y a abolir la pena de muerte, lo que afectará al líder Abdallah Ocalan y servirá para calmar los ánimos en el Kurdistán turco. Sin embargo, aunque algo se ha avanzado, le quedan muchos pasos por dar para aproximarse a los criterios democráticos y respeto de los derechos humanos del resto de los Estados de la Unión Europea, según el informe de la eurocámara presentado en octubre. Por ejemplo, el desplazamiento definitivo de los militares de la vida política y de las instituciones del Estado; o bien, el fin de la corrupción que resulta alarmante.

Por otra parte, anunciaron su voluntad de mantener buenas relaciones para resolver y apoyar a Naciones Unidas en su mediación para solucionar la división de Chipre. Sin embargo, en este sentido han recibido uno de los peores varapalos que podía esperar, dado que la Unión Europea ha confirmado la candidatura de la República de Chipre para el 2005. Mientras que los grecochipriotas ven en la integración con Europa la solución a un conflicto que se arrastra desde 1960, sectores importantes de los turcochipriotas —siempre respaldados por Turquía— lo sienten como una traición de la comunidad internacional que ha resuelto la situación sin contar con su voluntad. Además de que temen que, en virtud del funcionamiento de la Unión Europea, la coalición de Grecia y Chipre en un futuro pueda impedir el ingreso de Turquía.

Por su parte, para el Gobierno de Nicosia la entrada en la Unión Europea es una garantía de que Turquía no se atreverá a dividir la parte norte de la isla. Sin embargo, al finalizar este año, no podemos dar plena confirmación a esas expectativas. A comienzos de noviembre, el primer ministro turco no tuvo inconveniente en anunciar que si Chipre ingresaba en el marco comunitario, se produciría la anexión al Gobierno de Ankara de la República Turca de Chipre del Norte. Lo que tendrá que averiguar Ecevit es si todos los turcochipriotas ven en Turquía a su “madre patria” o si por el contrario se identifican con la república chipriota.

Chipre es una isla pequeña, pero de vital importancia estratégica. Turquía que conoce bien esta circunstancia trata de sacar su máximo rendimiento. No olvidemos, que a pesar de su difícil vinculación a la Unión Europea, este Estado pertenece a la OTAN y además constituye un pilar fundamental en la defensa del mediterráneo oriental. En este terreno, no ha dudado en pagar a la Unión Europea con la misma moneda. Durante el mes de mayo ha mantenido su oposición a que la Unión Europea accediera a los medios militares de la Alianza Atlántica para desarrollar el proyecto de creación de una Fuerza de Reacción Rápida previsto para 2003. Finalmente, la mediación de Gran Bretaña y Estados Unidos, logró desbloquear la cuestión, no a cambio de ciertas condiciones. Pues sin resolver todavía los problemas entre europeos y turcos, al menos estos consiguieron una mayor participación de la que se les había reservado en un principio.

En cualquier caso, no queda cerrado este capítulo del triángulo Chipre, Turquía y la Unión Europea en 2001. Dará que hablar en un futuro no muy lejano.

También nos quedan en el Mediterráneo otros asuntos graves. No quisiera acabar sin al menos limitarme a recordar, que en Argelia todavía se vive una crisis inconclusa. Aunque han disminuido notablemente, no han desaparecido las matanzas que el fundamentalismo islámico se cobra sobre la población argelina. Se ha agudizado el problema con la población beréber, que durante el mes de junio ocasionó enormes manifestaciones y disturbios en Argel, provocando la violencia de los agentes del orden público. Por otra parte, el presidente Buteflika ha puesto en marcha el programa de apoyo e impulso económico 2001/2004, pero eso no le ha servido para evitar los serios conflictos políticos y sociales por los que atraviesa el país, al menos por el momento.

España, por su parte, se prepara para la presidencia europea y ha seguido su curso de contactos diplomáticos con los principales líderes políticos del Mediterráneo.

A la luz de este repaso, nos queda una cuestión por resolver: ¿Hacia dónde vamos en el Mediterráneo? Quizás sea una pregunta prácticamente imposible de contestar a la vista de los acontecimientos del año 2001.